

Hacia un modelo de progreso y desarrollo desde el contexto iberoamericano

María Josefina Regnasco

Crisis de civilización

El modelo de desarrollo y progreso que le fue impuesto a los países latinoamericanos correspondía a las tendencias dominantes europeas desde el siglo XVII. Europa se consideró la emisaria de la civilización, y esta fue la idea legitimadora de los proyectos coloniales, y de su expansión mundial. Pero este modelo entró en crisis.

Estamos atravesando una profunda conmoción que, si bien estalló en el espacio de los sistemas financieros, no es sino la manifestación de una crisis profunda del actual modelo civilizatorio.

La crisis del modelo civilizatorio implica la convulsión de las columnas fundamentales que los sostienen. Esto significa que deben cuestionarse y re-formularse los conceptos subyacentes del modelo: los conceptos de hombre, de naturaleza, de trabajo, de productividad, de tecnología, de racionalidad y de progreso, entre otros.

En efecto, los conceptos que aún se sostienen han sido formulados por los pensadores de los albores de la sociedad industrial, en un contexto histórico-social que ya no corresponde con la realidad actual. Como observa J. Rifkin: “Cada vez que un hombre de negocios, un político o un científico habla en público sobre alguna cuestión importante, es como si su discurso lo hubieran escrito los pensadores del siglo XVII”¹.

Crisis de la concepción del mundo y del hombre

Efectivamente, aún vivimos bajo la influencia del paradigma mecanicista del siglo XVII. Sus categorías rectoras son la cuantificación, la linealidad, la cronometrabilidad, la búsqueda de partículas últimas. Estas categorías se aplican simultáneamente a la concepción temporal, al espacio, a la materia, y aún se extiende el modelo para interpretar la sociedad humana: la sociedad formada por una suma de átomos aislados: los individuos, cuyas interacciones estarían regidas también por leyes mecánicas: la competitividad del mercado y la “mano invisible” de Adam Smith.

Adam Smith ha aplicado al espacio social las leyes del mercado, que a su vez transfieren al espacio económico las leyes de la física newtoniana. Si el mundo físico se compone de partículas atómicas, interactuando según las leyes naturales, el pensamiento liberal deduce que la sociedad se compone igualmente de átomos aislados, los individuos, interactuando según una legalidad mecánica: las leyes del mercado. Según el postulado de la mano invisible, cada uno persigue su interés egoísta, pero al chocar con los intereses de los restantes individuos, mecánicamente surgiría el equilibrio, generándose así, en forma espontánea, no deliberada ni consciente, el bienestar general².

Al suponer que el bienestar material y el progreso serían la consecuencia espontánea de la competencia entre individuos naturalmente ambiciosos, la ética fue gradualmente suprimida de la economía, bajo la creencia de que las leyes del mercado bastaban para asegurar la prosperidad. Igualmente se sustentaba la creencia en que no eran necesarias las regulaciones estatales.

¹ Cf. J. Rifkin, T. Howard, *Entropía – Hacia el mundo invernal*, Barcelona, Ed. Urano, 1990, p. 54.

² Smith, A., *Welt of Nations*, Nueva York, Modern Library, 1937.

Esta idea mecanicista de la dinámica socioeconómica, sustentada en un concepto del hombre obviamente falso, es sin embargo la que subyace a la economía de mercado. Por supuesto, a los economistas se les escapa que su teoría económica descansa en un concepto tan distorsionado del hombre y de la praxis social.

Si la economía es una ciencia, debe someterse a la verificación empírica. Y lo que se verifica no es una regulación mecánica de los mercados, sino una enorme concentración de capital en constante aumento, rodeada del empobrecimiento y la marginación de segmentos cada vez más amplios de la población. Utilizando una metáfora de George Soros, en vez de conducirse como un péndulo regulador de equilibrio, el mercado actúa como una bola de demolición.³ El colapso de los mercados bancarios responde a la crisis de estas ideas subyacentes, que aún se sostienen como un dogma incuestionable.

Comprendemos entonces que la reciente crisis financiera no se debe meramente a prácticas contables corruptas, o a conductas delictivas de algunos actores aislados del sistema financiero.

Lo que está en crisis es esta idea mecanicista de la sociedad, basada en una falsa definición de la naturaleza humana. Es decir, se trata de la crisis del marco teórico, de las ideas filosóficas que están en su base.

Idea de hombre, naturaleza y progreso

La lógica interna de la mecánica del capitalismo de mercado es la exigencia de expansión y concentración ilimitada, que en este momento tiene alcances globales.

Para los ideólogos del liberalismo de los siglos XVII y XVIII esta expansión se interpretó bajo el concepto de progreso, confiando en que el crecimiento económico, industrial y tecnológico sería el motor del aumento de libertad, moralidad y democracia. Pero sobre todo, el eje inspirador de esta filosofía del progreso estaba en la idea de dominio y control sobre la naturaleza y el universo.

El hombre deja de experimentarse como formando parte del tejido de la vida. Como afirmara Bacon, la ambición superior de la humanidad será la de "dominar el universo". El concepto de dominio reemplaza rápidamente a la idea de armonía e integración con el cosmos, propia de la antigüedad griega y de los pueblos originarios. En el siglo XVII, Descartes confirma claramente la vocación de convertir a los seres humanos en "dueños y señores de la naturaleza".

La naturaleza es reducida a "sustancia extensa", a lo que se puede medir, calcular, y por lo tanto controlar y dominar por medio de las matemáticas y el método experimental. Se interpreta como una mera "suma de recursos a explotar", o en términos de Heidegger, como una "gigantesca estación de servicio".

La racionalidad se transforma en razón de dominio. Se reemplaza la búsqueda de la verdad por la búsqueda de la eficiencia, el comprender por el dominar.

Un modelo inviable

Pero este modelo civilizatorio, cuya expansión por todo el planeta se promueve, es inviable. El deslumbramiento que ha causado el modelo de la actual globalización no permite advertir las falacias que encierra el imperativo de su universalización. En efecto, si tomamos en cuenta el contexto ambiental, social, político y cultural, la optimización valorativa del modelo expansivo de desarrollo puede resultar ficticia. Basta con analizar algunas cifras:

- Con el 6 % de la población mundial, los Estados Unidos gastan 1/3 de la energía mundial.

³ G. Soros, *La crisis del capitalismo global*, Bs. As., Ed. Sudamericana, 1999.

- Los países ricos poseen la cuarta parte de la población del planeta, pero consumen el 70% de la energía mundial, el 75 % de los metales, el 85 % de la madera, el 60 % de los alimentos.
- Estos países producen el 75 % de la contaminación mundial.

Lo primero que observamos es la inviabilidad del modelo tecnoeconómico que se promueve. En efecto, el planeta no podría soportar la presión energética y ecológica de dos países que tuvieran las características de EEUU⁴.

La externalización de gastos

Pero la globalización permite una nueva problemática para Latinoamérica: los países industrializados del norte erradican las empresas contaminantes de sus territorios, mudándolas a los países en desarrollo. Es bajo esta perspectiva que tenemos que comprender el actual problema causado por las pasteras instaladas en Uruguay. Estas prácticas se legitiman desde los trillados argumentos de que estas empresas “crean trabajo”, y que estos países necesitan “capitales externos” para su desarrollo.

Esta mudanza de los efectos negativos a los países pobres es también legitimada desde los ámbitos académicos, con los argumentos reduccionistas de la “racionalidad economicista”.

En efecto, Lawrence Summers, quien fue secretario del Tesoro del presidente Clinton, y también presidente de la Universidad de Harvard, y formó parte del Consejo Económico Nacional del presidente Barack Obama hasta noviembre de 2010, se desempeñaba en 1991 como principal economista del Banco Mundial. En esta oportunidad, Summers argumentó en un *memorandum* interno que

“el Banco debía alentar a las industrias contaminantes a mudarse a los países más pobres del planeta”.

Justificaba esta recomendación argumentando que,

“la medida de los costos de la contaminación causante de enfermedades depende de los costos previstos por un aumento de la morbilidad y la mortalidad. Desde este punto de vista, afirmaba, una cierta cantidad de contaminación causante de enfermedades debe hacerse en el país con el costo más bajo, que será el país con los menores salarios. Creo que la lógica económica de descargar basura tóxica en el país donde existen los salarios más bajos es impecable y debemos encararla”.

A pesar de que el documento de Summers causó gran escándalo y reacciones de indignación, sus recomendaciones se siguen implementando cada vez con más frecuencia.⁵

La tarea de la filosofía desde Iberoamérica

Las alternativas de superación de la crisis global se orientan en dos direcciones.

En primer lugar, se encuentra la de quienes, buscando poner algún freno a la desmesura de los mercados, proponen fuertes ajustes estatales y regulaciones internacionales, pero sin cuestionar el actual modelo.

La segunda alternativa debería señalar el agotamiento del paradigma civilizatorio de la sociedad tecno-capitalista, articulando un nuevo marco de referencias desde otras coordenadas. Esto significa reconocer que la crisis afecta profundamente los supuestos subyacentes, los ejes estructurales que desde los comienzos del capitalismo tecnoindustrial sostienen el actual modelo de civilización.

⁴ Cf. J. Rifkin, *La economía del hidrógeno*, Bs. Aires, Paidós, 2002.

⁵ Cfr. N. Chomsky, artículo “Derechos humanos sólo para pocos”, en *Clarín*, 7/4/2005.

¿Porqué esta segunda alternativa es tan difícil, no digamos ya de realizar, sino tan siquiera de considerar?

Y aquí es donde comprendemos por qué Heidegger planteaba que la reflexión crítica exige no sólo lucidez intelectual, sino también valentía y coraje.

Lo que ocurre es que todas las burocracias, tanto políticas, como económicas o científicas, desaprueban que sus miembros piensen y examinen las problemáticas, y busquen soluciones fuera de los marcos conceptuales establecidos.

Como ironiza Al Gore: “Es difícil que un hombre entienda algo si su salario depende de no entenderlo”.

En efecto, cuestionar estos supuestos conduciría a modificar los núcleos organizadores de la sociedad, de la economía, de la cultura, por lo que la reflexión crítica suscita enormes resistencias. Además, los actores de este sistema, al estar identificados y comprometidos con el modelo no podrían cuestionarlo sin cuestionar al mismo tiempo el sentido mismo de su vida, de su actividad y de los objetivos que se han trazado.

A la reflexión filosófica, por lo tanto, le aguarda la tarea de proyectar las bases de nuevas coordenadas civilizatorias desde nuestro contexto iberoamericano:

En primer lugar, será necesario elaborar una nueva antropología, en que el hombre no se considere dueño, sino parte de la naturaleza, superar el individualismo extremo por una conciencia del "nosotros" y del destino común de la humanidad. A su vez, debemos superar la estrecha visión que reduce la naturaleza a una suma de recursos de utilidad meramente económica. El hombre debe volver a permearse como formando parte del tejido de la vida.

Será necesario re-definir los criterios de progreso y desarrollo. El ideal de progreso ilimitado deberá ser reemplazado por una conciencia de la necesidad de límites, tanto en las proyecciones tecno-económicas como en las metas humanas. Los límites se refieren no sólo a las reservas naturales, sino también al consumo desmedido, el cultivo de las necesidades y el despilfarro de recursos.

También debe cambiar nuestras expectativas de que los avances científico-tecnológicos resolverán todos los problemas. Se debe tomar conciencia de que las tecnologías no son neutras, y no se agotan en su función específica, y que sus efectos en el contexto social, ambiental, económico, político, se expanden rápidamente, quedando fuera de control.

Es necesaria una re-formulación de la ética. Hay una grave confusión de la ética con las regulaciones meramente legales, que conduce a una banalización de los principios éticos. Y habrá que comenzar a introducir la **ética de la precaución**, que nos pide prudencia con respecto a avances tecnológicos cuyas consecuencias son inciertas, y cuyos efectos a largo plazo son difíciles de evaluar. El principio de precaución implica un llamado a nuestra prudencia, a la responsabilidad sobre el futuro.

Se trata, en síntesis, de tomar conciencia de los límites de nuestra condición humana.

Es también urgente superar la racionalidad reduccionista y lineal por una razón que abarque la complejidad, capaz de cambiar los análisis hipersimplificantes que aíslan los fenómenos, por una mirada abarcadora de los procesos y las redes, y la interrelación de todos los sectores del universo.

Estos criterios no configuran un programa ni son exhaustivos. Pero muestran que para superar la crisis actual no basta con meras soluciones parciales y circunstanciales de problemas aislados.

Superar esta crisis implica cambios muy profundos, que modificarán totalmente nuestra manera de percibir el mundo, la sociedad, la economía y la política.

Significa una tarea monumental de re-planteos para toda la civilización. Esta tarea no será fácil. Los sistemas civilizatorios configuran tendencias que poseen una gran inercia, lo que significa que se tiende a plantear y resolver los problemas según los criterios y valores en vigencia.

Recién estamos en el comienzo de una toma de conciencia de los problemas. Hará falta una profunda reflexión, no individual, sino colectiva, espacios de discusión. Es necesario cambiar los planteos, y no meramente multiplicar las respuestas a preguntas mal formuladas.

Se trata, por consiguiente, de una tarea urgente, una tarea planetaria, que no podrá realizarse sin el pensamiento filosófico.

Desde Iberoamérica es donde estamos mejor situados para repensar nuestra situación humana.